

## LA PALMERA DE LAS ALMAS

En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera, ya que no verán los campos florecer ni disfrutarán de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos. Si es invierno, no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa.

Es en este mismo pueblo, justo en medio de una plaza rodeada de vetustas casonas blancas, se alza altiva una palmera que también surgió de una semilla. No fue casualidad que la semilla se plantara ahí en medio, bajo la mirada de las ventanas indiscretas que cobijaban a viejas del visillo, y no tan viejas ni tan mujeres. Los vecinos se enteraban de muchas cosas a través de los cañizos de las puertas. Esa gran familia llamada vecinos, cree estar al corriente de todas las noticias de un barrio que parece inmutable, testigo del paso de los días, años y siglos. Generación tras generación. Sin embargo, las paredes mudas, si hablaran, nos sorprenderían con otros muchos secretos que atesoran y que para los vecinos son inimaginables. Y es que hay algunos secretos que nunca salen a la luz y son enterrados con quienes los poseen en el ocaso de sus días. Algunos de esos secretos lo pondrían todo patas para arriba. Sacudirían al vecindario. Harían peligrar muchas relaciones, amistades e incluso podrían ser un peligro para la estabilidad de algunas familias. Es por eso, que es mejor que permanezcan en el olvido en el lugar donde han sido enterrados con tanto celo.

En esta narración, voy a contar el caso de un secreto que ha escapado fortuitamente de su ataúd particular, dejando un relato en el que algunos de nuestros muertos del barrio resucitan, volviendo a una vida que difiere bastante de la recordada y contada de padres a hijos, haciendo tambalearse a algunos de los que aún hoy en día ven los campos florecer, disfrutan de las risas de los vecinos o escuchan las campanas repicar.

Nos hemos de trasladar a mediados de los años cincuenta, cuando las paredes de estas mismas casas ocultaron un amor que nunca debió ser. Clara, hija de una

familia acomodada, creció en la gran casona blanca, rodeada de tapices, baúles de madera noble y un apellido que pesaba tanto como la piedra de los muros que la resguardaban. Desde pequeña, su destino estuvo escrito: un matrimonio adecuado, hijos bien criados y una vida sin sobresaltos. Pero la vida, a veces, se escribe con tinta invisible.

Un jueves como otro cualquiera, Clara se dirigió al mercado de su localidad, Segorbe, que se lleva celebrando todas las semanas el mismo día desde que Jaime I concedió la licencia en el s.XIII. Para Clara, acudir al mercado era una cita ineludible. Le encantaba pasear entre los diferentes puestos del mercado y ojear los artículos de moda. Rara vez compraba algo ya que para encontrar tejidos de alta calidad en aquellos años difíciles debía bajar a tiendas especializadas en Valencia. Aún así, no se resistía a formar parte de ese bullicio que hacía que Segorbe latiera de vida. Además, siempre aprovechaba la ocasión para comprar algún queso y cómo no, almorzar un jericano, un dulce que se había puesto recientemente de moda y que la volvía loca. Es allí donde su mirada se cruzó con la de Julián, un campesino que trabajaba en los huertos a las afueras del pueblo y que se había acercado al mercado a llevar género. Julián estaba muy moreno de pasar los días de sol a sol en la intemperie, de manos curtidas por el arduo trabajo pero con una sonrisa que desarmaba a cualquiera. Clara sintió por primera vez el temblor de lo prohibido. Esa vez, en lugar de comprar un jericano prefirió acercarse a Julián para hacerse con una manzana, la manzana del deseo. Coincidieron un par de veces en el mercado y ya no hizo falta tener que esperar a la cita de los jueves para encontrarse. Se vieron dos, tres veces y así hasta que no pudieron dejar de verse. Aunque sintieron un deseo irrefrenable, no podían ser incautos, ya que los dos eran conscientes de dónde venían cada uno. Por este motivo, buscaron el amparo de las murallas carlistas del Fuerte de la Estrella, en ruinas y alejadas del camino de los paseantes. Estas piedras amontonadas en lo más alto del municipio fueron testigos de sus encuentros furtivos, de sus miradas que ardían y de sus silencios que decían más que cualquier palabra. Cobijados en lo más alto, más de una vez creyeron tocar el cielo, fundiéndose sus gemidos con el viento.

Una noche al final de verano, con la excusa de visitar a una tía lejana en Valencia, Clara huyó con Julián a Benicasim. Encontraron refugio en el famoso hotel Voramar,

que sólo 17 años atrás había sido un hospital de campaña que atendió a las Brigadas Internacionales y ahora en cambio era un hotel en donde se acomodaba la burguesía, los pocos que podían permitirse un lujo así en los últimos coletazos de la posguerra. Su felicidad era tan inmensa como el mar, testigo de su romance y el viento salino sellaba su amor en cada caricia. Durante días, vivieron el sueño de una vida distinta, lejos de los susurros de su pueblo. Les gustaba despertarse viendo salir el sol por la línea de horizonte, bañándolo todo con la luz aún potente del final del verano. En la habitación pasaban largas horas disfrutando de su compañía, explorando sus cuerpos, recorriendo hasta el último centímetro de su piel con los dedos. Les costaba mucho salir de la cama y cuando lo hacían era por un buen motivo: el *brunch*. El desayuno tardío a la moda inglesa se les antojaba un placer de los dioses. El resto de la mañana lo pasaban dándose chapuzones en el mar, riendo y jugando en la orilla, a veces como si quisieran volver a una niñez que ya había quedado atrás. Julián era la tercera vez que veía el mar y no dejaba de impresionarse ante esa majestuosa e infinita masa de agua. Las tardes pasaban deliciosamente con la brisa del mar que aligeraba el sol plomizo del verano. Antes de cenar, acostumbraban a caminar por el paseo de aquellas lujosas villas que se fueron alzando durante la *belle-époque* y evocaban un pasado glorioso, aunque en ese momento con los tiempos de carestía que vivían los españoles parecían una pantomima. Fue una semana gloriosa. Pero los sueños no duran para siempre. Todo lo bueno se acaba, así que tuvieron que volver cada uno a su sitio. Clara debía seguir mostrando o más bien fingiendo amor por su esposo, además de atender la casa como se esperaba de ella. Julián no podía descuidar más el campo. Su excusa de haber ido a otra finca a ayudar con la cosecha de la almendra tampoco se podía sostener mucho más en el tiempo.

Cuando retornaron, tras pasar un tiempo razonable, volvieron a citarse bajo el amparo de las murallas carlistas. Esta vez, los ojos de Clara brillaban pero no de amor, sino de miedo. Clara descubrió que estaba embarazada y así se lo hizo saber a Julián, sin más preámbulos ni tampoco ilusión. Sabía perfectamente que no era de su marido ya que llevaban un tiempo sin intimar por mucho de que de cara a la galería pareciera un matrimonio bien avenido. El peso de la realidad cayó sobre la pareja de amantes como una losa. Era un amor imposible que ya había ido demasiado lejos. Su destino ya estaba escrito y no era precisamente estar juntos.

Clara se acercó a Julián y le dio un beso en la mejilla. Él enseguida supo que era una despedida.

Volvió a casa, llevando en su vientre el fruto de aquel amor imposible. Su marido, un hombre respetable, no sospechó nada. Pero el destino, cruel y caprichoso, le tenía preparado una última jugada. Las cosas no sucedieron como se esperaban. Tras meses de embarazo, en los que más de una vez fingía angustia para esconder la tristeza en la que andaba sumida, llegó el día en el que rompió aguas y todo se torció. En el parto, Clara sufrió una hemorragia incontrolable que ante el estupor e impotencia de su marido acabaría desangrándola. Clara murió dejando a su hija huérfana de madre y con un padre que nunca supo que no era suyo. Julián nunca se había sentido tan pobre como en ese momento. Caronte se había llevado a su amada sin previo aviso dejándole sólo y desolado.

Fueron pasando primero los meses, luego los años, contemplando desde lejos cómo la niña era criada en la comodidad de una casa que él nunca podría haberle ofrecido. No fueron pocas las veces que pensó en reclamar a su hija revelando quién era realmente, pero siempre guardó silencio por miedo y sobre todo por la certeza de que nunca podría darle la vida que su hija merecía. En esa casa no le iba a faltar de nada y nada es precisamente lo que él podía ofrecer más allá del amor infinito que sentía por esa criatura que había heredado el brillo de la mirada de su madre y la sonrisa cautivadora de él.

Julián no podía hacer nada para vencer al destino, pero sí para recordar. Se dice que una persona está viva mientras se la recuerda. Él quería recordar lo que habían sido, y también evocar lo que nunca podrían ser por mucho que le pesara, una familia. Así que un día hizo lo que bien sabía hacer como labrador: cogió una azada, cavó y plantó la semilla de una palmera en el centro de la plaza de las Almas. El lugar que ocupa esta plaza armónica, bella y discreta antes fue una era en donde se recaudaban pesetas para el sufragio de los difuntos. En esta pequeña planicie que descansa sobre la vertiente este del cerro Sopeña, los jóvenes acudían a jugar a la pelota desfogándose y midiendo su habilidad pegando incesantes golpes a un balón. Lo curioso es que para poder jugar había por costumbre pagar una limosna que ayudaba a las familias humildes del barrio a poder enterrar a sus seres queridos y así que sus espíritus pudieran descansar en paz. Así nació la que más tarde sería

la plaza de las Almas. Y qué lugar más apropiado para rendir homenaje al alma de Clara que se marchó, como tantas otras, para no volver.

No era un secreto que Julián había plantado la palmera. Lo que la gente ignoraba era que debajo de ella enterró también una caja con cartas, fotos y recuerdos de aquellos días robados en la playa. Incluso pudo hacerse con un mechón del pelo ondulado y castaño de su amante. Se trataba de una cápsula del tiempo que guardaría su secreto para siempre. O eso creía él.

Los años pasaron, y la palmera creció con la niña, testigo de su infancia y su juventud. Pero el tiempo es implacable. El picudo rojo, esa plaga que no respeta ni los recuerdos, atacó la palmera hasta dejarla desahuciada. La palmera murió al igual que ya lo había hecho Julián y la mayoría de los que vieron crecer el árbol tropical desde su origen. Cuando el ayuntamiento ordenó talarla, los operarios de las brigadas municipales encontraron, bajo esta, la caja escondida entre las raíces. Al abrirla, la verdad que había dormido por décadas despertó con fuerza.

Desde el primer momento despertó un gran interés entre los segorbinos que 70 años más tarde habitaban las mismas casas. El pueblo se sorprendió con el descubrimiento. Tanto se habló de la caja que llegó a oídos de Pilar, la hija de Clara que residía en Madrid desde que marchó a estudiar al cumplir su mayoría de edad. Para Pilar fue una conmoción muy grande. Descubrió que su vida había sido una mentira. Su verdadero padre no era aquel que la había criado, sino un hombre al que apenas recordaba, un campesino que había vivido en las sombras de su existencia. Este hecho le desveló quién era realmente, pero a su vez le generó un mar de dudas. ¿Quién era realmente ese campesino del que se enamoró mi madre? ¿Tendré algún hermano o hermana? ¿Quería mi madre al padre que me crió?

La mejor forma de responder a todas las cuestiones era personándose en Segorbe y enfrentándose a su pasado. Hacía más de 20 años, cuando murió el hombre que la crió, que no volvía. La parte baja ya tenía el porte de una ciudad. Se había desarrollado mucho. Luego llegó al centro histórico, aquellas calles adoquinadas entre murallas, torres y casas blancas que cuando llegó esa tarde de enero olía a leña. Allí el tiempo avanzaba mucho más despacio. O quizá no avanzaba en absoluto. Cada piedra guardaba un recuerdo de su infancia. Allí, buscando las

piezas del rompecabezas que permaneció oculto bajo una palmera conoció a Manolo.

Enseguida se percataron de que eran personas tan diferentes. Manolo, diez años menor que ella, era una persona sin estudios, aunque un hombre hecho a sí mismo que se había hecho un hueco en la sociedad segorbina. Era un señor jovial y astuto. Ella, de carácter mucho más serio, fue una abogada de éxito en Madrid hasta que se retiró hace apenas cuatro años. Uno lo sabía todo del campo e ignoraba todo de la ciudad y viceversa. Eran dos mundos ajenos que ahora se habían citado al lado de una joven palmera que acababa de plantar el ayuntamiento en sustitución de la anterior. Es innegable la impronta que deja la educación recibida en las personas, como se puede compartir sangre pero no destino. No les importó las diferencias. Para ellos era una nimiedad que poco importaba a la hora de recuperar el tiempo perdido. Lo único que importaba es que eran hermanos, aunque de diferentes madres, los dos tuvieron un padre que les quiso con locura y que fue capaz de cualquier cosa, incluso de renunciar a lo que más quería, estar con su hija, para asegurarle un futuro mejor.

En la casa en donde había crecido Pilar ahora vivía una joven pareja que se acababa de mudar al pueblo. Ella acababa de dar a luz a una preciosa criatura que crecería jugando en la plaza de las Almas, en torno a la palmera. Es curioso como tantas almas se van de Segorbe para no volver pero por fortuna llegan otras que vuelven a dar vida a esas casas llenas de historias y anécdotas, de alegría y también tristeza.

Tras el hallazgo de la misteriosa caja del tiempo, las calles de la zona vieja se llenaron de susurros, cotilleos y de nostalgias. La plaza, que había guardado el secreto durante tanto tiempo, se convirtió en el epicentro de la verdad. Y, en medio de todo, quedaba el eco de una historia de amor que desafió las reglas de su tiempo, de una palmera que creció como testigo y de una caja que, sin quererlo, cambió para siempre la historia de Segorbe.